

FACULTAD DE TEOLOGÍA PONTIFICIA Y CIVIL DE LIMA
ESCUELA DE TEOLOGÍA



MARÍA, IMPULSADORA DEL ECUMENISMO.

Aspectos Bíblicos

(Capítulo primero de la Tesis para obtener el Bachillerato en
Sagrada Teología.)

Presentado por: Luis Miguel LAZO ZEVALLOS

Fecha de entrega: Marzo 2018.

INTRODUCCIÓN

“Después dijo al discípulo: ¡He ahí tu madre! Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su propia casa” (Jn 19, 27). Quisiera empezar con esta frase muy singular del texto joánico, ya que es en cuanto a mí, la frase que debe ayudar a comprender que desde la Cruz, Cristo entregó a su propia Madre a toda la Iglesia. Es la Iglesia quien la recibe, y desde ese momento surge la veneración y la acogida a Ella. Es en el culto a la Virgen María, afirma Pablo VI, que se reflejan las preocupaciones de la Iglesia misma, entre las cuales sobresale el anhelo por el restablecimiento de la unidad de los cristianos. Es la Iglesia, por lo tanto, que clama a María, y por intercesión de su persona quiere restablecer a la Iglesia de su Hijo.

Nos proponemos en este trabajo, poder meditar la persona de la Virgen María, y verla como maestra y compañera en el camino: su docilidad al Espíritu puede considerarse el núcleo íntimo de una auténtica actitud ecuménica. Para ello la metodología consistirá en el análisis del papel que la Madre de Cristo toma en el camino del ecumenismo. Recurriré a las fuentes de la Sagrada Escritura puesto que en ellas se refleja la llamada de Dios a la unidad. Se analizará los principales textos bíblicos donde la Virgen María toma un protagonismo oculto para demostrar la unidad eclesial.

También haré referencia a la Tradición de la Iglesia. La iglesia de Oriente y Occidente a pesar del cisma, continúan con la misma devoción primigenia hacia la Madre de Dios, es por eso que se investigará sintácticamente lo que ambas profesan en referencia a la Virgen. Es importante este punto puesto que ayudará a la conclusión de este trabajo puesto que ambas expresan su amor filial hacia María.

Por último se investigará acerca de lo que es el ecumenismo a partir del Concilio Vaticano II, asimismo del papel de la Madre de Dios en el camino de unidad. De esta manera concluiré con este trabajo demostrando la misión y papel importante de la Madre de Cristo para llevar a la iglesia de oriente y occidente hacia un camino de unidad y reconciliación que se expresó desde el inicio de la era cristiana.

CAPÍTULO I

ASPECTOS BÍBLICOS

La Biblia ocupa, o al menos debe ocupar, un espacio único en el seno de la Comunidad de los creyentes, la Iglesia, al ser el libro que contiene la Palabra de Dios, como lo afirma la fe de los creyentes. En ella el cristiano encuentra la fuente inagotable en profundidad y fecundidad de su renovación personal, siempre que acuda a ella para abrirla, leerla, estudiarla y meditarla. Pero la Biblia más que ser el libro de un cristiano es el libro de la Iglesia, y por ende del cristiano; pues la Iglesia no es otra cosa que la Palabra de Dios llevada a su efecto, como se deduce del mismo término *Ekklesia*, cuyo más rico significado es el de convocación, no para otra cosa, sino para oír esa Palabra, que emplaza a aquellos hombres a quienes llega la voz de Dios. De aquí que podamos afirmar que la Iglesia es el acontecimiento de la Palabra de Dios irrumpiendo en el tiempo de los hombres.

La irrupción última y definitiva de Dios en el tiempo y en forma pública tuvo lugar en Cristo. En la Palabra hecha carne se consuma el designio salvífico divino. Cristo es la manifestación directa de la Palabra de Dios, y en torno a Él se ve reunida la Iglesia, quien a su vez continúa proclamando la Palabra que lleva en sí misma, mediante los sacramentos, predicación y servicio eclesiales. “La Palabra hecha carne (Cristo), se sitúa, pues, en el centro de la Palabra escrita, de aquí que no pueda concebirse que la Iglesia conserve intacta la unión con su Señor y permanezca fiel a sí misma, si no da a los libros del Antiguo y Nuevo Testamento el puesto que les corresponde”¹.

¹ Cf. V. Iersel, *El uso de la Biblia en la Iglesia Católica*, n. 8

La Virgen María interesa a los cristianos en la medida en que está vinculada al misterio de Cristo, misterio que explica también el de la aventura humana. Veremos que María pertenece al evangelio, a la buena nueva de la salvación que nos ha venido en Jesucristo. Lo que sabemos de Ella se nos ha transmitido por la tradición evangélica reflejada y cristalizada en los textos del Nuevo Testamento.

1. María en el evangelio de San Marcos

El evangelio de Marcos nos presenta dos momentos en que se refleja la “familia de Jesús” y su procedencia. Ubicaremos a María en dos pasajes importantes:

Marcos 3, 31-35

Marcos es el evangelista que menos habla de María, pero demuestra conocer la tradición sobre su maternidad virginal y su calidad de perfecta.

En esta cita, el evangelista no nos quiere indicar a los “hermanos de Jesús” como “Hijos de María”, sino más bien refiere únicamente a Cristo como “Hijo de María”. Entonces se resalta con totalidad que María ha tenido un solo hijo en la carne, y este es Jesús. Esto me ayuda a confirmar la virginidad de María, pues encarnó al verbo por obra y gracia del Espíritu Santo.

Pero este texto no solo nos quiere mostrar a Jesús como Hijo de María. Los versículos 31-35 definen a la verdadera familia de Jesús. De aquellos y aquellas que le escuchan y cumplen de este modo la voluntad de Dios, Jesús dice que son su madre, sus hermanos y hermanas. Esta nueva familia nace de la fe en el evangelio, de la acogida de la buena nueva del reino predicada por Jesús. La familia según la carne ha quedado fuera; la familia evangélica está en casa, sentada en torno a Jesús. Esta casa se convierte sin duda para Marcos en una figura de la Iglesia.

Marcos destaca la más alta alabanza de la vida religiosa de la Virgen. Ella es un fiar vivo. La afirmación de Cristo enuncia una gran verdad: María es prototipo de la vida cristiana de la fe². Ello quiere decir que Jesús, el Hijo de María no la está negando. Descartamos pues la tesis que evoca aquí al desprecio de su Madre y de sus hermanos. Más bien toma la figura de su propia madre como ejemplo excelentísimo de aquellos que cumplen la voluntad de Señor y la encarnan en sus propias vidas.

San Agustín ensalza la fe de María como su mayor valor, puesto que es la persona que mejor cumplió la voluntad del Padre. Si pare ser verdadera Madre de Jesús es necesario cumplir la voluntad del Padre, quien mejor cumplió esta voluntad es más excelentemente su madre. Ser madre fue elección de Dios, ser discípula y aceptar en la fe esta maternidad fue opción personal y meritoria de María. María, por tanto, es bienaventurada porque antes de concebir a Cristo en su seno virginal, lo acepto en su corazón³.

En la encíclica *Redemptoris Mater*, el papa Juan Pablo II afirma que la maternidad nueva sobre la cual habla a sus discípulos, concierne concretamente a María de un modo esencialísimo, puesto que ella es exactamente la primera entre “aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen”, por eso – afirma el papa -, se refiere sobre todo a ella la bendición por Jesús en respuesta de la mujer anónima (Lc 11, 27-28)⁴.

Afirmamos entonces la premisa de Jesucristo dada en el evangelio, ya que destaca a la “humilde esclava del Señor” que en su *fiat* libre y voluntario, hizo suya la palabra de Dios. María es un ejemplo claro para la Iglesia como guía de todo cristiano que busca agradar a Dios en todo, sobre todo en el cumplimiento de su voluntad.

Marcos 6, 3

Marcos, como se expuso, afirma que Jesús es el “Hijo de María”. El propósito del evangelista al denominar a Jesús por el nombre de la Madre es una señal evidente del reconocimiento de la concepción virginal de María sin coacción alguna. Pongamos

² Cf. E. Schillebeeckx, *María, Madre de la Redención*, 48

³ SAN AGUSTÍN, *Sermones*, s. 25

⁴ JUAN PABLO II, *Enc. Redemptoris Mater*, n. 20.

atención a esta afirmación, ésta nos ayudara a comprender que María es para siempre la Tota Pulchra. En este pasaje encontramos el término “hermanos” que a lo largo de la historia sigue siendo tema de discusión. Marcos los menciona en dos ocasiones: en Mc 6, 3 da incluso sus nombres: Santiago, José, Judas y Simón, hablando además de las “hermanas” de Jesús (cf. Mt 13, 55); en Mc 3, 21 y 31 se señala su incompreensión (Jn 7, 3-5). Encontramos a estos “hermanos de Jesús” entre los primeros creyentes (Hch 1, 14; 1 Cor 9, 5). ¿Quiénes eran? ¿Eran otros hijos de María?

En la Biblia las palabras hermano y hermana cubren un amplio campo semántico. En hebreo y en arameo, la palabra *cah* puede designar a un hermano de sangre, pero también a un medio-hermano (Gn 42, 15; 43, 5), a un sobrino (Gn 13, 8; 14, 16) o a un simple primo (Lv 10,4; 1 Cr 23, 21-22). Las lenguas semíticas, si es verdad que tienen una palabra para decir tío o tía, no la tienen para decir primo. Conformándose a la manera oriental, los traductores griegos de la Biblia tuvieron que traducir entonces el hebreo *cah* por *adelphos*, hermano, y no por *anepsios*, primo. Por eso, miradas así las cosas, la palabra hermano del Nuevo Testamento podría muy bien designar a los que nosotros llamamos “primos”⁵. Este análisis acerca de la familia de Jesús me ayuda a comprender la fe en la virginidad perpetua de María que procede de un cuestionamiento y de una profundización posterior. Los apócrifos, entre ellos el Protoevangelio de Santiago (siglo II), que hacen de los hermanos de Jesús los hijos de un primer matrimonio de José, son testigos de ello y buscaron, a posteriori, conciliar la existencia de los hermanos de Jesús con la virginidad perpetua de María. Una solución apresurada, pero que demuestra por lo menos la antigüedad de la creencia en la virginidad perpetua de María. Los católicos y los ortodoxos la admiten. Los protestantes, en general, la niegan. Podemos quedarnos con la conclusión tan matizada de Charles Perrot: “La exégesis no puede fundamentar con certeza la posición tradicional católica y ortodoxa. Tampoco se impone la opinión contraria. En esta zona de sombra e incertidumbres se sitúa necesariamente la riqueza de nuestras respectivas Iglesias»”⁶.

⁵ J. Michaud, *María de los evangelios*, 13

⁶ C. Perrot, *Los relatos de la infancia de Jesús*, 26

Este punto enfatiza claramente la tradición eclesial, y se define propiamente lo que aconteció con la Virgen María. Ella sola y únicamente es Madre de Dios, y su virginidad es perpetua. No debe alterarse este hecho bajo ninguna posición que no se fundamente tanto en la escritura como en la sagrada tradición.

2. María en el evangelio de San Mateo

Cabe recordar que Mateo escribe a los creyentes que vienen del cristianismo. Lo que va a hacer Mateo es mostrar a Cristo como ser humano y a la vez hijo de Dios, como punto clave toma las profecías revelando así que Jesús es el Mesías. Estas profecías que revelan al Mesías son su punto de apoyo y son muy esenciales pues determinan la humanidad y divinidad de Cristo.

Describe también la participación de María para sustentar el origen humano de Jesús y explicar su maternidad como acto divino. Esto ayudara a comprender que María es la madre de Dios y no solo es sentido carnal.

Mateo enriquece la figura de María respecto de la imagen de Marcos manifestando dos rasgos de la Madre del Mesías:

- a) *María es Virgen.*
- b) *María es esposa de José, hijo de David.*

Ambos rasgos, los explicita Mateo no por satisfacer curiosidades, sino por lo que ellos significan en el marco de su presentación teológica del misterioso origen del Mesías.

Que *María es Virgen* es un rasgo mariano que está en íntima conexión con la filiación y origen *divino* del Mesías. Este nace de María sin mediación del hombre y por obra del Espíritu Santo. Que *María sea esposa de José, hijo de David*, es un rasgo mariano que está a su vez en íntima conexión con la filiación *davídica* y el carácter *humano* del Mesías.

Jesús, el Mesías es, por tanto, Hijo de Dios por el misterio de la virginidad de su Madre, e *Hijo de David* por el no menos misterioso matrimonio con José, hijo de David.

Los evangelios de Mateo junto al de Lucas son los evangelios de la infancia de Jesús, que narran la concepción, el nacimiento, la infancia y la vida de Jesús hasta el inicio de su ministerio público. De esta manera se comprenderá mejor el papel y el rol de la Madre de Cristo y su relación con Él en el periodo anterior a la de su vida pública.

Mateo inicia su evangelio con la genealogía de Jesucristo, bajo su naturaleza humana de Hijo de David, hijo de Abraham. Asimismo inserta en la genealogía de Jesús la presencia de cinco mujeres. Dentro de las cinco mujeres expuestas por el apóstol, en el versículo 16 aparece la figura de María. Mateo asevera: “Jacob fue Padre de José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado Cristo”, en una clara alusión al nacimiento virginal de Jesús, que se narrara en los versículos 18 – 25. El evangelista resalta que Jesús es descendiente jurídico de David, por la paternidad legal de José, pero no afirma que éste fue su padre sino que era esposo de María, de la cual nació Jesús. Hay que resaltar este punto con mucha atención. María, dio a luz al Hijo de Dios en virginidad. La elección de José es clave, ya que sin su participación Jesús hubiera quedado jurídicamente sin ascendencia. Es gracias a José y María que Jesús es “Hijo de David”, y por lo tanto “Rey de los Judíos”. Sin esta donación por parte de ellos, no hubiera sido posible el cumplimiento de las escrituras y mucho menos el reconocimiento de los Magos de Oriente, ya que guiados por la estrella y las escrituras, reconocen a Cristo como el Mesías.

Al final de esta genealogía, se menciona a una mujer: María. Pero antes se había mencionado a otras cuatro: Tamar, Rajab, Rut (v. 3.5) -tres antepasadas de David- y Betsabé (v. 6), la mujer de Urías que se convirtió en esposa de David. Su mención sigue resultando extraña en una genealogía en donde de ordinario sólo cuentan los hombres. ¿Y por qué Mateo no prefirió a las grandes mujeres de Israel, a las matriarcas Sara, Rebeca y Raquel? Si Mateo no las añadió a sus fuentes debió tener sus razones. Se ha pensado a veces en que se trataba de pecadoras, pero las tradiciones Judías no las vieron de este modo y crearon en torno a ellas un aura midrásica convirtiéndolas en heroínas mesiánicas⁷.

⁷ J. Michaud, *María de los Evangelios*, pp. 18-19.

¿Habrá que ver aquí una lección de universalismo por el hecho de que todas ellas son más o menos extranjeras? Pudiera ser. Pero esta razón no explicaría la presencia de la quinta mujer, María. Lo que parece más evidente y está ligado a la vocación maternal de estas mujeres es que todas engendraron de una manera irregular, en virtud de una unión o de un matrimonio concluido fuera de los caminos ordinarios. Entrando como de forma excepcional en la genealogía, preparan en ella otra excepción, la de María. Al presentar así la genealogía davídica, Mateo quiere subrayar que Dios, al cumplir sus promesas, sigue siendo dueño de los caminos. Es otra manera de decir: todo esto pasó para que se cumpliera..., poniendo el acento no ya en el texto que cumplir, sino en la realidad sobrevenida y que había que comprender. En el plan mesiánico, estas mujeres representaron un papel importante. Mateo ve en ellas otras tantas figuras de María. Se trata, una vez más, de la continuidad en lo inédito del nacimiento del mesías.

Presentamos pues a estas mujeres:

- **Tamar** (Gn 38), cananea, dio descendencia a Judá, el padre de la tribu real. “La santa Tamar santificó el nombre divino. Ella, que deseaba una santa semilla, engañó (a Judá) e hizo una obra santa. Por eso Dios hizo que se lograra su plan santo. Guardó ella su viudez ante el Señor, pero Dios no le negó el deseo de dejar descendencia en el pueblo de Dios, ya que ellos son una semilla que Dios ha bendecido”. “Rabí Yudan dijo: Cuando Judá dijo: ‘Ella es justa’, el Espíritu Santo se manifestó y dijo: Tamar no es una prostituta y Judá no quiso entregarse a la fornicación con ella; esto pasó por causa de mí, para que se eleve de Judá el rey mesías (David)”⁸.
- **Rajab**, cananea, reconoce al verdadero Dios y permite a Israel entrar en Jericó (Jos 2, 6). Se ve en ella a una prosélita. Algunos dijeron que el Espíritu Santo se había posado sobre Rajab antes de que los israelitas llegaran a la Tierra prometida.
- **Rut**, prosélita venida de Moab, es la abuela de David (Rt 4,22). “Le midió seis medidas de cebada y le ayudó a cargarlas” (Rt 3, 15). Ella recibió, en nombre del Señor, la fuerza para llevarlas. E inmediatamente se le dijo en profecía que de ella

⁸ Textos citados por R. Broch en *Mélanges*. A. Robert, 381ss.

nacerían seis justos en el mundo, de los que cada uno sería bendito con seis bendiciones: David, Daniel y sus (tres) compañeros, y el rey mesías.

- **Bathsheba** o **Betsabé** (“la séptima hija” o la “hija del juramento”), hija de Amiel, fue la esposa de Urías el hitita y luego una de las esposas del rey David. El segundo libro de Samuel (11,1 a 12,25) relata el adulterio de Betsabé con el rey David, el embarazo resultante de la relación, y el subsecuente asesinato de su esposo Urías el hitita para ocultar la culpa y la identidad del padre de la criatura que Betsabé llevaba en su vientre. Sin embargo, el plan de los amantes fracasó cuando Dios denunció a David por medio de una parábola que enunció el profeta Natán, que finalizó con una sentencia en forma de pregunta:

“¿Por qué menospreciaste a Yahvé haciendo lo malo a sus ojos, matando a espada a Urías el hitita, tomando a su mujer por mujer tuya (...)?” (2 Samuel 12,9).

A pesar de haber sido perdonados por Dios y salvados de la condena a muerte por aquel crimen, el primer hijo nacido de la relación entre David y Betsabé murió a los siete días y se sucedió una cadena de intrigas, asesinatos y luchas internas (incluyendo una guerra civil) que plagaron la vida posterior de David como castigo adicional impuesto por Dios. Del enlace entre Betsabé y el rey David nacieron luego dos hijos, de entre los que destacó quien sería el último rey de Israel, Salomón, el cual tuvo sesenta y dos hermanos más por parte de su padre, el rey David⁹.

Posterior a la narración de la genealogía, Mateo describe el surgimiento de Jesús: “Este fue el origen de Jesucristo: María su madre, estaba comprometida con José, y cuando todavía no han vivido juntos, concibió un hijo por obra y gracia del Espíritu Santo” (Mt 1, 18).

Hay que resaltar con totalidad que el nacimiento de Jesús se da por la acción de la tercera persona de la Trinidad. Por eso Mateo deja en claro que María ha quedado

⁹ H. Lockyer, *Todas las mujeres de la Biblia*, 71

embarazada en el periodo de los esponsales - según lo vemos en la tradición judía - antes de que convivan.

Mateo centra su mirada a este magno hecho de la concepción milagrosa de María por medio del Espíritu Santo. Deja en claro que tal suceso no es por medio de los hombres sino por parte de Dios mismo. Los embarazos del antiguo testamento, que son milagros por parte del Señor se diferencian claramente de María puesto que es el mismo Espíritu de Dios que realiza este acto (los otros sucesos milagrosos de embarazos se dan en conjunto con la participación de un varón).

Otro de puntos clave para entender la figura de Mateo este relato que comprende una escena muy importante: la adoración del Niño que encuentran “con su madre”. Mt 2, 11: “Y al entrar en la casa [los Magos], encontraron al Niño con María, su madre, y postrándose, le rindieron homenaje. Luego, abriendo sus cofres, le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra”.

La expresión “el niño con María” tiene una clara intención teológica: asociar a María en la función regia de su Hijo, como madre del rey. Mateo enfatiza la función de María en recibir los presentes donados por los Magos, ocupando la función de madre del rey (*gebiráh*) en la dinastía de David. Betsabé, la esposa de David y madre de Salomón, es la primera *Gebiráh*, que delante de David toma actitud de total sumisión, postrándose ante él con el rostro en tierra. Pero como Madre del rey Salomón, la situación se invierte y cuando ella entra para hablarle, el rey Salomón se levanta del trono, y se postra ante ella, después vuelve a sentarse y ella se sienta a su diestra (1Re 2, 19). La *gebiráh* tenía tareas determinadas como colocar la corona al rey (Ct 3, 11) y administrar la herencia después de su muerte. Era el símbolo de la continuidad dinástica, como depositaria de la herencia real, puesto que el nuevo rey es su descendiente directo. La función de la *gebiráh* era vitalicia y solo una acción indigna podría quitar esta dignidad (1Re 15, 13)¹⁰.

Es importante la expresión que realiza el evangelista Mateo, puesto que no solo muestra la realeza propia de Jesús como rey y Dios, también le da su posición a su Madre,

¹⁰ Cf. J. Bastero de Eleizalde, *María, madre del Redentor*, 128 ,129

colocándole un título más aunque no esté mencionado propiamente en el texto: ser ‘REINA’. Jesús, como descendiente de la familia real no queda apartado de este título, Él es rey, el único rey, y su madre es también portadora de esta realeza.

Entonces este paralelismo de Mateo nos refleja la realeza propia de María, esto queda certificado por su mismo Hijo, que es reconocido como rey de los judíos en la adoración reverencial que hacen los Magos de oriente. La figura de María como *Gebiráh*, esta patente en este relato de Mateo y esta dignidad es vitalicia puesto que el reino de Jesús se instaura perpetuamente en la tierra.

El evangelista resalta también otra mujer en su evangelio: Raquel al describir la matanza de los inocentes, recuerda la profecía de Jeremías: “en Ramá se oyó una voz, hubo lágrimas y gemidos: es Raquel, que llora a sus hijos y no quiere que la consuelen, porque ya no existen” (Mt 2, 18). Raquel fue pastora, es considerada madre del pueblo, que llevo en su seno todos los hijos que nacieron de ella a lo largo de los siglos. Mateo recuerda a Raquel justo en el momento en que el salvador de Israel, junto con su madre, van al exilio por la persecución de los israelitas infieles. La figura de Raquel como madre del pueblo, conecta con María, madre del Rey – Mesías y por tanto madre de todo el pueblo mesiánico. La maternidad de María, por ende es revelada una vez más por el apóstol Mateo. Ella es madre de Dios y también de la humanidad. Su realeza consiste en su maternidad.

3. María en el evangelio de San Lucas

De todos los autores del Nuevo Testamento, Lucas es el que habla más abundantemente de María. Él da las informaciones históricas sobre María en sus escritos. El autor protestante Walter Delius, afirma: “Con mano de maestro, Lucas ha redactado

un concepto de María que contiene casi todas las características de la veneración mariana que se ha desarrollado durante siglos”¹¹.

María es testigo clave de la infancia de Jesús. A Lucas debemos una serie de rasgos de María, un enriquecimiento de detalles de su figura, que proviene precisamente de un interés por ella como testigo privilegiado no solo de la vida de Jesús, sino también del significado teológico de esa vida. Si todo el evangelio de Lucas se funda en un testimonio de testigos oculares y si Lucas se atreve hablar de la infancia de Jesús es porque cuenta con el testimonio de María acerca de ella. Lucas evoca por dos veces en su narración de la infancia los recuerdos de María (esto sería un signo claro de que es María la que relata los misterios de la vida oculta de Jesús): “María por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón” (2, 19); “Su Madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón” (2, 51).

Anuncio de María

El anuncio a María pertenece al gran género de los “anuncios celestiales” de la literatura bíblica. Ordinariamente, se clasifica el texto de Lucas entre los “anuncios de nacimiento”¹². Hay que percibir bien que el anuncio a María es “mensaje” más que visión. Mientras que el ángel se aparece (se hace ver) a Zacarías (1, 11) Y éste lo ve (1, 12), no se dice nada de esto en el caso de María: ninguna indicación visual, ni siquiera la palabra “aparecerse”. Son las palabras oídas las que la llenan de turbación, no la visión de un personaje misterioso.

El texto de Lucas anuncia un nacimiento, un engendramiento maravilloso que implica íntimamente, en su cómo, a la persona de María. La Anunciación es el momento histórico en que la vocación de María se hace evidente. Lucas narra con detalle el suceso que ocurrió en ese diálogo entre la madre de Dios y el ángel Gabriel. En un artículo importante, que sigue estando en la base de las discusiones, S. Lyonnet proponía en 1939 traducir el *chaire* de Lc 1, 28, no por un vulgar ¡salve!, sino por un “*alégrate*” que

¹¹ W. Delius, *Geschichte der Marienverehrung*, 26

¹² J. Michaud, *María de los Evangelios*, 33

vinculaba las palabras del ángel con las profecías mesiánicas de Sof 3, 14; 112, 21 Y Zac 9,9¹³.

Este “*Gozo*” expresado por el ángel Gabriel revela la continuidad bíblica, ya que hay sincronía con el Antiguo Testamento y se perfila a María, figurándola como la “Hija de Sión”. En un largo artículo A. Serra ha mostrado que estos textos proféticos sobre la Hija de Sión, y especialmente el de Za 9, 9, se utilizaban particularmente en el judaísmo antiguo, que celebraba en ellos su esperanza mesiánica escatológica, en relación por otra parte con los textos de Isaías sobre la maternidad universal de Jerusalén (Is 60-61; cf. Sal 87, 5-6)¹⁴. “Hija de Sión” es una expresión que aparece por primera vez en el profeta Miqueas (1, 13; 4, 10ss.). Decir “*Hija*” era una manera corriente en la antigüedad de referirse a la población de una ciudad. Hija de Sión designaba también el barrio nuevo de Jerusalén al norte de la ciudad de David, donde, después del desastre de Samaría y antes de la caída de Jerusalén se había refugiado la población del norte: el Resto de Israel.

Entonces... ¿Qué significa su identificación con María? La Hija de Sión, como expresión teológica, significa en la Escritura el Israel ideal y fiel, el pueblo de Dios en lo que tiene de más genuino y puro, y puede encontrar su expresión ocasional en grupos determinados, pero permanece abierta al futuro y también a una persona¹⁵.

A lo largo de la historia teológica de la expresión Hija de Sión, ha habido un proceso desde la parte hacia el todo, que ahora el Ángel reinvierte, volviendo del todo a una parte, a una persona, a María. El barrio de Jerusalén pasó a cobijar bajo su nombre a la ciudad entera y al pueblo entero como portadores de una promesa de salvación. Ahora es una persona, María, la que se revela como la Hija de Sión por excelencia y el punto diminuto del cosmos en que esa magnífica promesa se hace realidad. Es en ese “*¡Alégrate!*” (1, 28) que el ángel saluda a María. No había saludado a Zacarías. Aquí el saludo es ya el mensaje: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”. La palabra “alégrate” es la forma normal del saludo en griego, como puede verse en Mt 26, 49; 28,9. Pero Lucas no tiene estos pasajes. La expresión se encuentra también en los Setenta. A veces, en los

¹³ S. Lyonnet, *Chaire kecharitomene*, 131

¹⁴ A. Serra, *Marianum*, 9,54

¹⁵ H. Bejorge, *La virgen Maria en los evangelios*, 25

libros escritos o transmitidos en griego, tiene el sentido del saludo griego; pero otras veces, en los libros traducidos del hebreo, tiene el sentido de alegrarse, en referencia al gozo que manifiesta el pueblo ante una intervención de Dios. En particular, encontramos cuatro empleos idénticos de “alégrate” en los Setenta y, de estos cuatro, en tres ocasiones se dirigen a la Hija de Sión (Jl 2, 21-23; So 3, 14; Za 9, 9), para invitarla a la alegría mesiánica¹⁶. Es la misma invitación la que se oye en el anuncio a María: el ángel recoge la fórmula empleada por los profetas para invitar a la Sión escatológica a alegrarse por la salvación que Dios le va a conceder. Sofonías exclamaba: “Lanza gritos de júbilo, hija de Sión!... ¡Alégrate..., hija de Jerusalén! YHWH es rey de Israel en medio de ti. No temas, Sión, YHWH tu Dios está en tu seno (literalmente: en ti) como héroe que te salva” (3, 14-17). En un texto muy conocido del Nuevo Testamento (cf. Jn 12, 15 y Mt21, 5, cuya introducción, sin embargo, está sacada de Is 62, 11), el profeta Zacarías escribía igualmente: “Alégrate..., hija de Sión! ¡Grita de gozo, hija de Jerusalén! ¡He aquí que tu rey viene a ti...!” (9, 9). En otras palabras, las promesas se cumplen. María personifica a la Hija de Sión, acoge la buena nueva en nombre de Israel. La presencia de YHWH en la Hija de Sión se actualiza de una manera imprevista en el misterio de la concepción virginal. El Emmanuel de Is 7, 14, a quien aluden quizás las palabras del ángel: “El Señor está contigo”, se hace realidad.

Propósito de virginidad

La pregunta de María en Lc 1, 34 “¿Cómo puede ser eso, si yo no conozco a varón” sigue preocupando a los comentaristas. María afirma, en lenguaje bíblico, que es virgen. El texto está en presente. De suyo no dice nada sobre el futuro. Pero ¿cuál es entonces el sentido de esta pregunta?

Hay que decir ante todo que el v. 34 no es un simple motivo literario, exigido por la estructura formal de los relatos de anuncio. Este pasaje introduce una novedad muy importante: el detalle de la concepción virginal. Pero este detalle no debe interpretarse a

¹⁶ J. Michaud, *María de los Evangelios*, 36.

nivel histórico-psicológico, como si Lucas hubiera recibido un registro de las palabras del ángel y de la pregunta de María. La lógica de esta pregunta no debe buscarse a nivel del estado anímico de María, sino a nivel de la escritura teológica de Lucas¹⁷. La teología del evangelista nos ofrece su retrato teológico de María. Mediante la pregunta de María, Lucas introduce en su texto el dato que ha recibido de la tradición, que él conoce y acepta, de la concepción virginal de Jesús. Pero la fuente de este dato no es -a nivel del relato de Lucas- la psicología de María, sino la fe de la comunidad cristiana portadora de esta tradición. Esto no excluye la realidad histórica de la Virgen de Nazaret; excluye que tengamos aquí sus *ipsissima verba*, introduciéndonos en los sentimientos profundos de su alma.

La expresión de María también es interpretada por otros autores, por un lado San Agustín aduce que lo dicho por María es la expresión de un voto, propósito previamente hecho por María¹⁸. San Gregoria de Nisa por su lado, entiende que esto indica un voto de una virginidad consagrada¹⁹. Con estos argumentos es posible determinar una casi certera afirmación de opción dada por María, es decir de su voto de permanecer en un estado sin coacción.

Uno de los rasgos más importantes de todo este pasaje es la respuesta de María, pues deja en evidencia la totalidad de su aceptación, de su entero “sí” para ser la madre de Dios. Hay una conexión entre la respuesta que hace a la voluntad del Señor y también lo que ella se considera ante esa llamada: “la esclava del Señor”. María se abandona en la voluntad de Dios y de la misma forma que los demás llamados del Señor, se considera instrumento para la salvación. En ese sentido vemos la cooperación activa de María, se reconoce servidora de los planes que hace su Señor.

En la construcción literaria de Lucas, la visitación sirve de puente entre las dos anunciaciones del capítulo primero. La visitación, “a toda prisa”, es la respuesta que se da al signo del ángel, lo mismo que la prisa de los pastores responderá al signo dado por el ángel (2, 16) ¿Para un servicio de caridad, que evocarán los tres meses de estancia que

¹⁷ Cf. J. Michaud, *María de los Evangelios*, 38

¹⁸ Cf. Agustín de Hipona, *La santa virginidad*, 696,697

¹⁹ S. Ambrosio, *De Virginibus*, 192

pasó María en casa de su pariente? Quizá en el nivel de la estructura teológica de Lucas, el encuentro de las dos madres es ante todo el encuentro del profeta del Altísimo (1, 17-76) con su Señor (1, 43 -45). Al realizar la profecía angélica de 1, 15, el niño salta en el seno de Isabel Incluso antes de que esta abra la boca. No hay ningún saludo humano, el texto se interesa por la acción del Espíritu, y el grito de Isabel es una confesión de fe “la madre de mi Señor” (1, 43). Es de nuevo una escena de revelación pero esta vez los proyectores se detienen en la madre de Jesús: “Bendita tu entre las mujeres y bendito el fruto de tus entrañas”. Estas palabras despiertan el recuerdo de las mujeres del Antiguo Testamento que ayudaron a librar del peligro al pueblo de Dios (Jdt 13,18).

Notemos también en este pasaje de la visitación el paralelo entre Éxodo 40, 35 y lo que el Ángel le anuncia sobre el modo misterioso de su concepción. Este paralelo nos permite invocar a María piadosa y místicamente en la letanía mariana como *Foederis Arca* (Arca de la Alianza) con toda verosimilitud, porque también sobre ella se posa la sombra de la Nube de Dios, donde Él está presente actuando a favor de su Pueblo. La Nube cubrió con su sombra el tabernáculo. Y la gloria de Yahvé colmó la morada. El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso lo que nacerá de ti será llamado Santo, Hijo de Dios. La concepción virginal de María se describe aquí mediante la Epifanía de Dios en el Arca de la Alianza.

Entonces es María que en su vientre llevaba en sí al verbo encarnado por lo tanto ella es el Arca de la Nueva Alianza; de la misma manera, María es la primera enviada, Ella lleva dentro de sí (no solo en lo físico sino también en su corazón pues sabe que porta al Hijo de Dios) la alegría del mundo. En ese encuentro (entre María e Isabel), Lucas recalca ese diálogo (no hablado) entre los dos infantes y afirma que “Isabel quedo llena del Espíritu Santo”. Este encuentro marca por ende el reconocimiento de Cristo como Hijo de Dios, y lo vemos en la respuesta inmediata que Isabel hace a María, pues no solo reconoce la naturaleza divina de Jesús y sino reconoce la maternidad propia de María: “¿Quién soy yo, para que la Madre de mi Señor venga a visitarme?” (Lc 1, 42). La expresión “de mi Señor” remarca la divinidad del Hijo de Dios, Él es su Señor. Es Dios quien viene a ella para revelarles su procedencia. Denotamos por tanto en este pasaje el

reconocimiento de Israel a su Señor, y de la misma manera se reconoce a la Virgen María, ya no solo como la sierva de Dios sino como la Madre.

El canto del Magnificat

Uno de los canticos que denotan la propia autorevelación personal de María se da en el Magnificat²⁰. Es un cántico que recuerda los grandes hechos de la historia de la salvación. En la tradición de la Iglesia, la totalidad de los manuscritos griegos y de la mayor parte de los latinos, no vacilan en afirmar que fue María quien lo pronunció²¹.

En el canto, en realidad, María dice pocas cosas nuevas. Casi todas sus frases encuentran numerosos paralelos en los salmos y en otros libros del Antiguo Testamento. Pero si las palabras provienen en gran parte del antiguo testamento, la música pertenece ya a la nueva alianza. En las palabras de María estamos leyendo ya un anticipo de las bienaventuranzas y una visión de la salvación que rompe todos los moldes establecidos. El canto es como un espejo del alma de María. Es, sin duda, el mejor retrato de María que tenemos. Su canto es, a la vez, bello y sencillo. Sin alardes literarios, sin grandes imágenes poéticas, sin que en él se diga nada extraordinario. Y sin embargo, ¡qué impresionantes resultan sus palabras! Es, ante todo, un estallido de alegría. Las cosas de Dios parten del gozo y terminan en el entusiasmo. Dios viene a llenar, no a vaciar. Pero ese gozo no es humano. Viene de Dios y en Dios termina. La alegría de María no es de este mundo. No se alegra de su maternidad humana, sino de ser la madre del Mesías, su Salvador. No de tener un hijo, sino de que ese hijo sea Dios.

Si tuviera que quedarme con una frase de este cántico sería (y es la que apunta a mi trabajo): “Bienaventurada me llamaran todas las generaciones”. Esta frase refleja no solo el reconocimiento de la persona de María sino su cooperación. Ella es la esclava del Señor, la que cumple la palabra de Dios. La iglesia desde su inicio reconoce a María y le

²⁰ J. Pascual Diaz Aguilar, *Manifestacion de Maria a través de la liturgia* ,18

²¹ J. Basterio de Eleizalde, *María , Madre del Redentor*, 145

da una posición excelsa. Por tanto queda claro que la Iglesia medita estas líneas de este cantico para ensalzar el nombre de María y reconocerla con las palabras de su prima Isabel: “Dichosa Tú porque has creído”.

Encuentro entre María y Zacarías

En un pasaje profético que pone en juego la historia religiosa del mundo y el juicio escatológico de la humanidad, Lucas asocia estrechamente a María con su hijo, el mesías²². El objeto principal de esta profecía es sin duda el destino del mesías. Frente a él es como se pondrán al descubierto las intenciones de muchos corazones. Escoger a favor o en contra de él es escoger entre la caída y el levantamiento, entre la muerte y la vida. Se piensa irresistiblemente en el tema joánico del juicio: “El que cree en él no es juzgado; pero el que no cree está ya juzgado porque no ha creído” (Jn 3, 18-21; d. 9, 39; 12,31). Pero lo extraordinario es que Lucas relaciona directamente esta apertura de los corazones y este juicio con los sufrimientos de María. Efectivamente, el v. 35 le concierne personalmente. Simeón se dirige exclusivamente a María: “...y también tu propia alma será traspasada por una espada”. ¿Qué sentido tiene esta espada? Las múltiples interpretaciones que se han dado se reducen a dos grandes opciones: o bien se comprende que María está asociada a su hijo, que la madre está de parte del hijo y que participa del drama de su existencia de mesías; o bien se ve sometida ella misma al juicio mesiánico, escatológico. Entonces la espada que la va a desgarrar es, como decía Orígenes, la de la duda y la infidelidad. Parece ser que todo lo que Lucas nos ha dicho hasta ahora de María no permite esta última interpretación. La espada no es la de la duda y la infidelidad, como suponía Orígenes y algunos otros autores después de él. María participa del destino de su hijo. Esa espada está asociada al signo discutido, es decir, al drama de Israel, que repercute en toda la existencia de Jesús, ocasionando finalmente su condenación y su muerte. Y María está implicada misteriosamente en él. El v. 35a no es un paréntesis sin importancia, que pudiera pasarse por alto. María no es solamente víctima, sino que está vinculada, de una manera que no explica Lucas, a la ejecución del juicio mesiánico. El

²² H. Bejorge, *La virgen María en los evangelios*, 22

dolor que se anuncia no es solamente el dolor comprensible de una madre ante las pruebas o ante la muerte de su hijo. Simeón, que habla aquí como profeta, se dirige a la madre del mesías. Su sufrimiento pertenece a la historia de la salvación. ¿Por qué título? Lucas no nos lo dice. Estamos en un contexto de fe, en el contexto de las decisiones a favor o en contra de Jesús. Lucas, por medio de la profecía de Simeón, proyecta en el horizonte la imagen del Hijo que sufre y de la Madre dolorosa. Durante unos momentos, la imagen se detiene en la pantalla. Por ahí pasa también la silueta de una profetisa que habla del rescate de Jerusalén (2, 36-39). No se ve ni se oye ninguna reacción por parte de María. Y la imagen se va difuminando lentamente... ¿Cómo no acordarse de ella cuando, un día, veamos a la madre de Jesús en pie junto a la cruz de Jesús (Jn 19,25)? Por lo tanto, este encuentro entre Zacarías y María es muy esencial, ya que refleja propiamente que María une su corazón al de su Hijo en favor de la salvación de la humanidad. Es María que participa de los sufrimientos de Cristo y así nos muestra la eterna unión con ÉL.

4. María en el evangelio de San Juan

Un primer hecho que nos llama la atención al leer el evangelio de San Juan en busca de lo que nos dice de la madre del Señor, es que este evangelista ha evitado llamarla por el nombre de María. Juan nunca nombra a la Madre de Jesús por este nombre, y es el único de los cuatro evangelistas que evita sistemáticamente el hacerlo. Y decidimos que Juan evitó intencionadamente el nombrarla con el nombre de María, porque hay indicios de que no se trata de omisión casual, sino premeditada, querida y planeada.

En segundo lugar, Juan conoce y nos nombra frecuentemente en su evangelio a otras mujeres llamadas “María”: María la de Cleofás, María Magdalena, María de Betania, hermana de Lázaro y Marta. Son personajes secundarios del evangelio y, sin embargo Juan no evita llamarlas por su nombre propio. Si nos ha conservado estos nombres de figuras menos importantes: ¿Por qué no ha nombrado por el suyo a la Madre de Jesús? Si la razón fuera –como pudiera alguien suponer– la de no repetir lo que nos dicen ya los otros evangelistas, tampoco se habría preocupado por darnos los nombres de José y de las

numerosas Marías de las que también aquéllos nos han conservado la noticia onomástica²³.

En tercer lugar, si había un discípulo que podía y debía conocer a la Madre de Jesús, ése era Juan, el discípulo a quien Jesús amaba y que por última voluntad de un Jesús agonizante la tomó como Madre propia y la recibió en su casa: “Junto a la cruz de Jesús estaban su Madre, la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su Madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su Madre: “Mujer, ahí tienes a tu Hijo”. Luego dice al discípulo: ‘Ahí tienes a tu Madre’. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa” (Jn 19, 25-27).

Pues bien, es este discípulo, que de todos ellos es quien en modo alguno puede ignorar el verdadero nombre de la Madre de Jesús el que, evitando consignarlo por escrito en su evangelio, alude siempre a ella como la Madre de Jesús o, más brevemente su Madre. Y es precisamente este discípulo, el que entre todos podía haber tenido mayores títulos para referirse a la Madre de Jesús como “mi Madre”, quien insiste en reservarle –con una exclusividad que ya convierte en nombre propio lo que es un epíteto– el título “Madre de Jesús”. Juan no ignoraba el nombre de María y, si de hecho lo omite es con alguna deliberada intención. Una intención que no es fácil detectar a primera vista, pero que vale la pena esforzarse por comprender.

Juan abre la primera parte de su evangelio, “el libro de los signos”, con un relato a primera vista desconcertante. Después de la conclusión apocalíptica de la llamada de los primeros discípulos: “Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando por encima del Hijo del hombre”, el paso a las bodas en una aldea es bastante inesperado. Pero la fuerte densidad, en este texto, del vocabulario teológico del cuarto evangelio y su conclusión, casi desmesurada, demuestra que Juan no se distrae en la narración de un hecho diverso. En efecto, el relato termina con una reflexión de gran importancia: “Este

²³ Cf. J. Michaud, *María de los Evangelios*, 58

es el comienzo que hizo Jesús de los signos en Caná de Galilea y manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él”.

Decir que Caná es el comienzo de los signos es decir que con Caná se abre una historia, una historia que ha de encontrar su desenlace en la cruz, comprendida por Juan como el paso de este mundo a la gloria del Padre. De hecho, es todo el evangelio el que, según la conclusión, puede ser considerado como un libro de los signos. E incluso cuando, siguiendo a C. H. Dodd, se divide en dos grandes partes: el libro de los signos (c. 2-12) y el libro de la hora (la de la pasión y la gloria: c. 13-20 o 21), estas dos partes están estrechamente ligadas entre sí²⁴. En efecto, la pasión es el desenlace trágico de la historia de los signos (11,47-53). Pero, además de este vínculo histórico, hay entre los dos un vínculo teológico: los signos revelan ya de una forma parcial lo que revelará la pasión como una verdad plena: “Cuando hayáis elevado al Hijo del hombre, sabréis que yo soy” (8, 28). La gloria de Jesús se manifestará plenamente en el gran signo de la cruz: “Yo, cuando haya sido elevado de la tierra, atraeré a mí a todos los hombres. Con estas palabras significaba con qué muerte iba a morir” (12, 33).

La primera referencia de María en los escritos joánicos se encuentra en la descripción de la Boda de Caná. Su aparición se da en medio de una problemática: “La madre de Jesús le dijo: No tienen vino”. Evidentemente, se trata ante todo de una constatación, la constatación de un hecho desagradable, en el nivel de la boda terrena. Pero es también sin duda una petición discreta, como la que puede leerse en la frase de María y de Marta cuando mandaron a decir a Jesús: “El que tú amas está enfermo” (11, 3). No hay nada en el texto que sugiera una petición de un milagro. Esta observación de la madre de Jesús es evidentemente necesaria para la continuación del relato. Pero no conviene detenerse en ella. Las cuestiones que entonces se plantean: ¿cómo es que falta vino?, ¿estará esto motivado por la llegada de Jesús con sus discípulos?, o los comentarios que se pueden hacer sobre la perspicacia de María, su previsión, su caridad: todo esto, que nos lleva constantemente a la historia sucedida, nos aleja del texto de Juan. La petición de la madre

²⁴ C. Dodd, *La interpretación del cuarto evangelio*

de Jesús es necesaria, narrativamente, pero como una pista de despegue, para la respuesta joánica de Jesús.

El vino era símbolo del amor entre esposo y esposa (Cant 1,2; 7,10; 8,2) y en esta boda falta el vino. Describe así el evangelista la situación del pueblo judío: en la alianza entre este pueblo y Dios no se percibe el amor de Dios al pueblo ni el pueblo responde a Dios con amor.

La madre de Jesús lo reconoce como Mesías y espera en él; expone a Jesús la situación (No tienen vino), aunque sin llamarlo “hijo”. Cree que el Mesías va a dar nueva vida a la antigua alianza. Jesús, en cambio, que tampoco la llama “madre”, le indica la necesidad de dejar atrás el pasado (¿Qué nos concierne a mí y a ti, mujer?); su obra no va a apoyarse en las antiguas instituciones, él trae una novedad radical. Nunca entre los judíos un hijo llamaba mujer a su madre. Este apelativo significa mujer casada o esposa. Al dirigirse a Jesús, no lo llama hijo; Jesús, por su parte, tampoco la llama madre. Entre Jesús y ella existe, por tanto, una relación de origen, pero no de dependencia, ni aun de familiaridad. Ni ella pretende tener derecho alguno sobre Jesús (ausencia de petición, cf. 11,3), ni Jesús se reconoce dependiente de ella (2,4: mujer, no madre).

Según el simbolismo nupcial de la alianza señalado antes, Jesús caracteriza como esposa de Dios al pueblo fiel de la antigua alianza (la madre) que espera el cumplimiento de las promesas.

Elemento indispensable en la boda, como señal de alegría, el vino es símbolo del amor entre el esposo y la esposa, como aparece claramente en el Cantar. En esta boda, que representa la antigua alianza, no existe relación de amor entre Dios y el pueblo. En la situación triste de la falta de vino/amor interviene la madre de Jesús, que se limita a informarlo, sin formular una petición explícita. Hay que precisar, pues, a quién representa la madre, que por un lado es miembro de la boda y por otro tiene un estrecho vínculo con Jesús, el invitado.

Ha reconocido al Mesías y se aviva su esperanza. Su primer paso consiste en mostrarle la carencia: No tienen vino. Con esta frase, aun perteneciendo a la boda, se

distancia de ella (no tienen, en lugar de no tenemos). Sabe bien que el Dios de la alianza es amor y lealtad.

“Mujer, a mí y a ti, ¿qué? Todavía no ha llegado mi hora”. Antes de proponer una interpretación de conjunto, hemos de examinar cada uno de los elementos de esta respuesta. Sobre el “A mí y a ti, ¿qué?”: puede decirse que se ha logrado el consenso entre los exégetas. Se trata de una expresión que se encuentra varias veces en la Biblia (Jue 11, 12; 2 Sm 16, 10; 19,23; 1 Re 17, 18; 2 Re 3, 13; 2 Cr 35, 21). Es una fórmula adversativa. Marca una sorpresa, una divergencia de puntos de vista; tiene una carga negativa. En el caso de una petición, anuncia de ordinario un rechazo. En el texto de Juan, María habla en el nivel de las bodas terrenas. Y Jesús va a responder en otro nivel. Tiene la finalidad de agudizar el pensamiento. ¿Por qué hablar así a su madre? ¿Qué sentido podía tener esta palabra en labios de Jesús? No hay ya nadie que vea aquí un término de desprecio o de falta de respeto. Pero es evidente que el término se sitúa en un nivel distinto del de la madre. Se evoca por tanto una relación distinta de la del hijo con la madre²⁵.

También aquí sería un error buscar la solución en el nivel histórico. Este término, a primera vista insólito, debe interpretarse en el mundo de Juan. Es un término joánico. Dirigido a la madre de Jesús, aparece en dos ocasiones en el cuarto evangelio: al comienzo, en Caná, y al final, en el calvario. Todo indica que estamos aquí en presencia de una inclusión, un procedimiento literario que consiste en limitar una porción en sus dos extremidades mediante una semejanza de términos o de ideas. Juan nos presenta a la mujer al comienzo y al final de la vida pública, en el momento en que el mesías comienza sus obras y en la hora de la muerte cuando consuma su obra. Al situar a la madre de Jesús, pero en su papel de mujer, al comienzo del libro de los signos y al final del libro de la hora, Juan la sitúa en las articulaciones capitales de su evangelio. El procedimiento literario nos autoriza a percibir en la palabra mujer de 2, 4 la misma resonancia que en la de 19, 26. Pero aquí estamos tan sólo en el comienzo de las cosas. En otras palabras, no se puede determinar toda la importancia de la palabra mujer ateniéndose solamente al signo de Caná. El lector que la encuentra por primera vez no puede comprenderla aún en

²⁵ J. Michaud, *María de los Evangelios*, 63

su plenitud. Pero hay que decir lo mismo de todos los temas joánicos: la gloria, la hora y los signos... A lo largo de la lectura, todas estas palabras se cargarán de sentido, y al final -en el calvario para la palabra mujer- el lector comprenderá que ya, en Jn 2, 4 la escritura del evangelista estaba llena de sentido.

“Todavía no ha llegado mi hora, le dice Jesús”. La hora que todavía no ha llegado no es la de hacer milagros, sino la de la cruz, pues la ‘hora’ indica el momento supremo en el que Jesús se halla cumpliendo de forma plena su misión específica. Baste pensar que la ‘hora’ llega en la segunda parte del evangelio, a partir de Jn 13. La antigua alianza va a ser sustituida por una nueva. Jesús, el nuevo Esposo o centro de la nueva comunidad humana, anuncia el cambio, que tendrá lugar cuando llegue su hora, la de su muerte. La novedad radical que él trae está ligada a un momento futuro, “su hora”, que será la de su muerte (su hora, la de pasar de este mundo al Padre). Jesús estimula la esperanza, pero advierte que la realización no es inmediata. Esta frase de Jesús pone el vino que implícitamente se le pide en conexión con “su hora”. Con esto, el vino adquiere inmediatamente un sentido simbólico. Un vino real, presente, urgente, no puede depender de un acontecimiento por venir. El anuncio de la hora de Jesús ha hecho ver a la madre/Israel que la salvación no está lejana. De ahí su orden a los sirvientes; hay que estar preparados para cuando llegue el momento.

Al mismo tiempo la llama ¡Mujer! en palabra que, aludiendo al principio de la creación (Gén 1– 3), ilumina y encuadra el sentido de la escena. La madre de Jesús es la verdadera Mujer– Eva de este día séptimo de la creación definitiva; por eso, ella no puede apoderarse de la voluntad de Dios, ni encauzar la vida de su Hijo. Pues bien, la madre, a la que Jesús llama ¡mujer!, acepta su respuesta. Ya no pide nada, no argumenta. Ella se pone al lado de los servidores, diáconos de bodas, y como primera de todos los ministros de la nueva iglesia dice: ¡haced lo que él os diga!

Pero, ¿qué pasa entonces con la reacción de María? Hay que entenderla en el nivel teológico en el que se desarrolla ahora el relato. Cuando se comprende el v. 4 como una respuesta a la petición de vino para la boda terrena, la actitud de María en el v. 5 resulta inexplicable, a no ser que se suponga una especie de omisión, la omisión de algún

consentimiento por parte de Jesús... Suposición. Pero como se entiende el v. 4 en un nivel teológico, la intervención de la madre de Jesús entre los sirvientes tiene que leerse también, joánicamente, en ese nivel. La frase de la madre de Jesús recuerda más bien la respuesta del pueblo de Dios a las propuestas de la alianza: “Todo lo que nos ha dicho YHWH, lo haremos” (Ex 19, 8). Por medio de una reflexión midrásica, de una forma alusiva, Juan pondría en labios de María la profesión de fe del pueblo elegido. Identificación indirecta entre María y el pueblo de Israel, que Juan iluminará más aún en la escena del calvario (19, 25-27). Narrativamente, Juan vincula a esta respuesta el relanzamiento de su relato, pero este relato se desarrolla ahora muy lejos de la boda aldeana: más allá de las tinajas rituales, en la abundancia del vino mesiánico venido no sé sabe de dónde, a la sombra del esposo mesiánico²⁶.

La conclusión del v. 11 lo reduce todo a la persona de Jesús. Sin embargo, la madre de Jesús no representa aquí un papel meramente decorativo. La mención que Juan hace de ella en primer lugar: ella estaba allí, en un relato ordenado a la manifestación de la gloria del mesías; la repetición insistente de su título de madre de Jesús; el paso al de mujer; su iniciativa en la preparación y en la ejecución del signo: son otros tantos rasgos que no pueden limitarse al rango de detalles accesorios. Todo el relato está ordenado a la fe de los discípulos. Pero en el origen de este signo ordenado a la fe de los discípulos está la madre de Jesús. El signo es preparado y obtenido por ella. Se la presenta en la fuente de la fe de los discípulos. Pues bien, en Juan, se vive por la fe. La madre de Jesús está en el origen de los vivientes. Y si se piensa que este signo no es solamente el primero de los signos, sino que preludia, por así decirlo. Todo el evangelio considerado en su conjunto como un relato de signos, la figura de la madre de Jesús ocupa entonces, en el evangelio de Juan, un lugar excepcional. Jesús no la llama ya madre, sino mujer, anticipando así. En el comienzo de los signos, lo que manifestará plenamente al final de todos los signos, en tiempos del cumplimiento, cuando haya llegado definitivamente la hora.

María, por tanto cree que Jesús puede hacer el milagro, aunque no lo pida claramente, probando que ella fue la primera en creer en los milagros, sin haber visto,

²⁶ J Michaud, *María de los Evangelios*, 66

cambiándole completamente las futuras palabras de Jesús a Tomás: “Bienaventurados los que no han visto y han creído” (Jn 20, 29)²⁷.

Hay que darnos cuenta de algo muy importante en este pasaje y es que María juega un papel importante, de mediadora de la nueva Ley y señala la participación exigida para compartir la abundancia del vino mesiánico: hacer todo lo que Cristo diga.

Jean Galot enfatiza que en Caná María colabora específicamente con la obra mesiánica de Jesús y no solo en su preparación. La concesión del vino es un milagro por el cual Cristo se revela como Salvador que abre el reino mesiánico²⁸.

La frase de Jesús “Mujer, ¿qué hay entre tú y yo? Aún no ha llegado mi hora”, antes que negar una relación con María es una adelantada referencia a que, una vez llegada la hora de Jesús, se creará entre Él y su Madre el vínculo perfecto, último y definitivo ante el cual, palidecen los ya fuertes que lo unen con su Madre en la carne y el Espíritu. Un vínculo tan fuerte que, como veremos, se podrá decir que la hora de Jesús es a la vez la hora de María, la hora de un alumbramiento escatológico, en la que el Crucificado le muestra en Juan al hijo de sus dolores, primogénito de la Iglesia. Y si la Madre pregunta indirectamente acerca de la alegría simbolizada por el vino –no hay fiesta si no hay vino, dice el refrán judío–, Jesús alude a una alegría que viene en el dolor de su hora, de su Pasión, alegría que Jesús anunciará oportunamente a su Madre, desde la Cruz, como la dolorosa alegría del alumbramiento²⁹.

Y con esto hemos iniciado nuestra respuesta al segundo hecho sorprendente: el de la frialdad y distancia que parece interponer Jesús en sus diálogos con su Madre. Acabamos de insinuar el sentido de la segunda escena mariana en el evangelio de Juan: la del Calvario. Tomémosla en consideración con más detenimiento: “Junto a la cruz de Jesús estaban su Madre, la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás, María Magdalena. Jesús, viendo a su Madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su

²⁷ J. Galot, *María en el evangelio*, 87

²⁸ J. Galot, *María en el evangelio*, 111

²⁹ H. Bojorge, *La Virgen María en los Evangelios*, 35

Madre: ‘Mujer, ahí tienes a tu Hijo’. Luego dice al discípulo: ‘Ahí tienes a tu Madre’. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa” (Jn 19, 25-27).

Nos parece que podemos partir para interpretar el sentido de este pasaje, de las palabras “desde aquella hora”. Juan ama las frases aparentemente comunes, pero cargadas de sentido. Y ésta es una de ellas. Porque aquella hora es nada menos que la hora de Jesús; de la cual él dijo: “ha llegado la hora... ¿y qué voy a decir? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero, ¡si para esto he llegado a esta hora! ¡Padre, glorifica tu nombre!” (Jn 12, 23-27).

Para San Juan la hora de alguien es el tiempo en que este cumple la obra para la cual está particularmente destinado. La hora de Jesús es aquél momento en que se realiza definitivamente la obra para la cual fue enviado el Padre a este mundo. Es la hora de su victoria sobre Satanás, sobre el pecado y la muerte: “Ahora es el juicio de este mundo, ahora el Príncipe de este mundo será derribado; cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12, 31-32).

Por ser la hora de la Pasión una hora dolorosa pero victoriosa a la vez, está para San Juan íntimamente unida a la gloria, a la gloriosa victoria de Jesús. Y esa gloria se manifiesta por primera vez en Caná. Es la misma con la que el Padre glorificará a su Hijo en la cruz. Y María es testigo de esta gloria en ambas escenas.

Hay un pasaje muy importante que me llama la atención sobre ese vínculo de la Madre con el Hijo en la pasión: “Y entonces oí una voz como de parturienta, gritos como de primeriza. Era la voz de la Hija de Sión, que gimiendo extendía sus manos: ‘Ay, pobre de mí, que mi alma desfallece a manos de asesinos’” (Jer 4, 31).

Al pie de la cruz, la Hija de Sión (María) gime y siente desfallecer su alma a causa de los asesinos de su Hijo. Y Jesús, que la ve afligida, comparable a una parturienta primeriza en sus dolores; Jesús, que advierte el gemido de su corazón; aludiendo quizás en forma velada a algún oráculo profético como el de Jeremías, la consuela con el mayor consuelo que se puede dar a la que acaba de alumbrar un hijo: mostrándoselo. “He ahí a tu hijo”, le dice mostrándole al discípulo, el primogénito eclesial del nuevo pueblo de

Dios que Jesús adquiere con su sangre³⁰. Juan no solo representa a su persona, sino a la Iglesia naciente, Jesús hace la donación más grande: a su propia Madre. Ella ha compartido sus sufrimientos y es ante eso que la ofrece para todos. Jesús revela que su hora es también la hora de su Madre. Lejos de distanciarse de ella o de renegar de su maternidad, la consuela como un buen hijo a su Madre, pero también como sólo puede consolar el Hijo de Dios: mostrándole la parte que le cabe en su obra. Mostrándole en aquella hora de dolores, a su primer hijo alumbrado entre ellos.

He aquí indicada la dirección en que nos parece que se ha de buscar la explicación de ese Mujer con que Jesús habla a su Madre en el evangelio de Juan. Tanto en Caná como en el Calvario, Jesús ve en ella algo más que la mujer que le ha dado su cuerpo mortal y a la que está unido por razones afectivas individuales, ocasionales.

5. María en los Hechos de los Apóstoles

Los hechos de los apóstoles y el evangelio de San Lucas son una única unidad. En el libro de los hechos de los apóstoles la Virgen María aparece solo una vez, pero en un hecho singular, Ella junto al colegio apostólico, en los albores de la Iglesia naciente, está presente ejecutando su misión materna. “Todos ellos hacían constantemente oración en común con las mujeres, con María, la madre de Jesús y con sus hermanos” (Hch. 1,14).

La presencia de María en la Iglesia es clave, pues continua con su misión, y al igual que su Hijo permanece junto a la Iglesia de Dios. Ella a pesar de esta única mención, mantiene su permanencia junto a los discípulos. Su misión por tanto es activa, pues es mediante la oración que la Iglesia de Cristo mantiene su relación con Él. Para el evangelista María es, ante todo, “La madre que cree y ora”, ella es fiel a su vocación y no abandona a la Iglesia sino más bien es fiel y nos lo enseñe con esta clara evidencia.

³⁰ H. Bojorge, *La Virgen María en los Evangelios*, 36

María continua en la iglesia, no se desapega de ella. La realidad de la Encarnación, expone Juan Pablo II, encuentra su prolongación en el misterio de la Iglesia, que es cuerpo de Cristo, dando un significado histórico al doble vínculo que une a la Madre de Dios con Cristo y su Iglesia, haciendo de María el verdadero modelo de todos aquellos que desean ser miembros de la iglesia³¹. Entonces queda claro que nuestra Madre la Virgen María continua la misión que le fue confiada en la Anunciación, de ser Madre del salvador, y en continuidad con su Hijo, ser madre de todo el cuerpo místico de Cristo, que es la iglesia.

³¹ JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, n. 15

CONCLUSIÓN

“Dichosa me llamarán todas las generaciones” (Lc 1, 48). A lo largo de este primer capítulo hemos podido analizar la figura de María en los pasajes del Nuevo Testamento. Es cierto que todos ellos nos hablan de María con la intención última de decir lo que desean acerca de Jesús. Sus discursos acerca de Cristo encuentran en ella luz y apoyo. Pero ninguno pudo prescindir de ella para hablar de Jesús y presentárnoslo como Evangelio, que es decir: como anuncio de salvación.

María no es el Evangelio. No hay ningún evangelio de María. Pero sin María tampoco hay Evangelio. Y ella no falta en ninguno de los cuatro.

Ella no sólo es necesaria para envolver a Jesús en pañales y lavarlos... No sólo es necesaria para sostener los primeros pasos vacilantes de su niño sobre nuestra tierra de hombres. Su misión no sólo es contemporánea a la del Jesús terreno, sino que va más allá de su muerte en la Cruz: acompaña su resurrección y el surgimiento de su Iglesia.

María, Madre de Jesús, pertenece al acervo de los bienes comunes a Jesús y a sus discípulos. Su Padre es nuestro Padre. Su hora, nuestra hora. Su gloria, nuestra gloria. Su Madre, nuestra Madre.

Por lo tanto hay un enlace muy rico entre la persona de Jesús y de su Madre, ambos son figuras importantes dentro del plan de salvación. La expresión mariana puesta al inicio de estas conclusiones ayudará afirmar el reconocimiento que la Iglesia tiene hacia la Virgen María. No hay duda, por tanto de que esta expresión propia de María permite sin temor, reconocer a María no solo como madre de Jesús sino también como madre nuestra, de la Iglesia.

BIBLIOGRAFÍA

- Aranda, A., *María, camino de retorno*, Pamplona 2012.
- Agustín de Hipona. *La santa virginidad*, Madrid, 2007.
- Bandera, A. O.P., *A la unidad en Cristo por María*, Tomo: LXX 1969.
- Basterio de Eleizalde, J., *María, madre del redentor*, Navarra, 2009.
- Bejorge, H., S.J, *La virgen María en los evangelios*, Pamplona, 2004.
- Benedicto XVI, *Iglesia, ecumenismo y política*, Madrid 2005
- Bernard, R., *El Misterio de María*, Buenos Aires 1945.
- Brown, R., *María en el Nuevo Testamento*, Salamanca 1982.
- Congar, Y., *Cristo, María y la Iglesia*, Barcelona 1964.
- , *Aspecto del Ecumenismo*, Barcelona 1965.
- Delius, W., *Geschichte der Marienveherung*, Basel, 1986.
- Dodd, C., *La interpretación del cuarto evangelio*, Madrid 1979.
- Galot, J., *María en el evangelio*, Madrid, 1960.
- Gonzales, G., *La Virgen María aurora de salvación*, Bilbao 1943.
- Iersel, V., *El uso de la Biblia en la Iglesia Católica*, Barcelona, 1966.
- Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris Mater* (25. III. 1987)
- , Encíclica *Ut unum sint* (25. V. 1995)
- Lockyer, H., *Todas las mujeres de la Biblia*, Michigan, 2013.
- Lyonnet, S., *Chaire kecharitomene*, 1939.

- Michaud, J., *María de los Evangelios*, Navarra, 1992.
- Muller, G., *Nata dalla Vergine María. Interpretazione teológica*. Morcelliana, 1994.
- Pablo VI, Exhortación Apostólica *Marialis Cultus* (02. II. 1974)
- Panedas, P., *Con María junto a la Cruz*, Madrid 1984.
- Pascual, J., *Manifestación de María a través de la liturgia*, Madrid, 2004.
- Perrella, S., *Marys Cooperation in the Work of Redemption*, Roma 1997.
- Perrot, C., *Los relatos de la infancia de Jesús*, Estella, 1978.
- Schillebeeckx, E., *María, Madre de la redención*, Madrid.
- Serra, A., *Marianum*, 1983
- Urrutia, U., *Los nombres de María*, Buenos Aires 1948.

ÍNDICE

Introducción.....	3
CAPÍTULO I: APSECTOS BÍBLICOS.....	4
1. María en el evangelio de San Marcos.....	5
2. María en el evangelio de San Mateo.....	8
3. María en el evangelio de San Lucas.....	13
4. María en el evangelio de San Juan.....	21
5. María en los Hechos de los Apóstoles.....	30
Conclusión.....	32
Bibliografía.....	33